

TRATANTES DE FERIA

El recuerdo permanece inamovible en el disco duro de mi memoria: Tendría yo siete años, o quizás ocho, cuando un sábado cenando al calor de los tizones encendidos sobre el llar de la cocina de mi casa, mi padre me ofreció llevarme al día siguiente con él, a la feria de ganados que cada quince domingos se hacía en el barrio de la Losa de Cabezón de la Sal. Salté de alegría, porque verás. Iba a vender la Mora, una novilla un tanto esmirriada que tenía en la cuadra, y que al parecer, según él, jamás se haría una vaca fuerte que pudiera ofrecer buenas 'crías', ni cantidad de leche que merecieran la pena, y yo, nunca había visto una feria de ganados.

Te juro que casi no dormí aquella noche. Como cada sábado, mi madre me había bañado en una bañera grande de cinc que había en la casa. Con jabón del Chimbo y un trozo de toalla vieja inició sus airosas frotaciones en la cabeza y no paró hasta llegar a los pies, haciendo fuerzas especiales en pescuezo, rodillas y corvejones. Me envolvió en una toalla grande, me cogió en brazos, y me depositó con un cariño inmenso entre las sábanas de mi cama. Me arropó las mantas en torno a los costados, y me dio un beso, antes de decirme: 'Rézale un Padre Nuestro al niño Jesús, y duérmete que mañana tienes que madrugar'.

Pues lo que te dije antes: No dormí en toda la noche. Hombre sí, me quedaba 'cuajau', como se solía decir en mi pueblo. Pero de tiempo en tiempo me respingaba sobresaltado como si mi padre me estuviera sacudiendo de un brazo, hasta que cuando menos lo esperaba, me sacudió de verdad. No había amanecido. Salí al balcón de la casa a mear en el corral por entre los tornos de la baranda, y me quedé como un bobo contemplando el brillo que la luz de la luna ponía a las tejas de la cuadruca que teníamos frente a la casa, y el cielo cuajado de estrellas que a mí se me antojaron de plata.

Torta y leche. Sí, torta de borona, de qué otra cosa podía ser en aquellos tiempos? Lo comí todo en un pis-pás, y corrí hasta la cuadra donde mi padre estaba atándole a la Mora. un cordel a los cuernos. Salimos al corral. Él delante tirando del ramal, y yo detrás arreando la vaca con una palo de fresno. Y emprendimos el camino. Todavía nos seguía alumbrando la luz de la luna. Sobre las yerbas de las orillas brillaba la 'rosá' de la noche, y entre las piedras de los 'morios' lo hacían con reflejos azulados las luciérnagas que nosotros llamábamos 'candiles'...

En menos de media hora nos plantamos en el 'caminu real', y en cuanto pisamos el asfalto lo primero que hice fue sacudirme el polvo de las alpargatas nuevas. Eran negras, pero nuevas. Lo mismo que la camisa, que el día anterior me la acababa de hacer mi madre de otra vieja de mi padre. La Mora no se sentía a gusto pisando el alquitrán, y buscaba la cuneta de la carretera para caminar sobre tierra. Y yo, que no estaba conforme, le daba más fuerte con el palo de fresno tratando de hacerla caminar por donde lo hacíamos los cristianos.

Así pasamos todo lo largo que es el pueblo de Treceño, y el alba nos sorprendió al inicio de la cuesta de El Turujal. Sonó la bocina de un auto, y el que primero saltó a la cuneta fui yo. Volví la cabeza en el momento que asomaban por la curva sus faros encendidos, y cerré los ojos deslumbrado. Cuando los abrí, ya no pude decirles adiós porque el auto nos había rebasado dejando para mí, un extraño olor a gasolina quemada, y seguí arreando a la Mora que se hacía la remolona. La luz del día se iba haciendo más clara, y sobre las copas de los plátanos que crecían enormes a ambos lados de la carretera, se empezaron a mover los cuervos y las urracas. Coronábamos la cuesta cuando también salieron a escena los miruellos y los malvises, y uno de estos emitió su primer trino de la mañana mientras se columpiaba en la rama de un sauco cercano.

Tres autos fueron los que nos adelantaron en el par de horas que tardamos en llegar a Cabezón. A mí me faltaban ojos para mirarlos porque, apenas había visto más

coches que el de don Tomás el médico, que venía a mi pueblo cuando alguno se ponía malo, y los críos nos acercábamos a él para curiosear los golpes y vueltas de manivela que el doctor debía darle para arrancar el motor.

Era pleno día cuando entramos en el ferial: Un recinto más grande que veinte boleras juntas como la de mi pueblo, y dentro, un montón de árboles grandes como los que había a lo largo de toda la carretera. Y rodeándole todo el contorno, una paredilla de piedra como de un metro de altura, rematada con losas planas. Entre la carretera y el ferial, había camiones cerrados. Muchos camiones. Y gente por todas partes. La Mora se asustó un poco y movía nerviosa los cuernos y el rabo. Yo estaba más nervioso que la Mora, porque me dio miedo de perderme entre tanto hombre y tantos animales; además tenía que no perder de vista la vaca, y tenía que poner un cuidado especial en no manchar mis alpargatas nuevas con tantas 'moñigas' como había por el suelo...

Se paró mi padre, se paró la Mora, y me paré yo. Mientras liaba un cigarro me preguntó si tenía frío. Yo no tenía frío. Ni me recordé del frío en toda la mañana, porque el espectáculo del lugar absorbía toda mi atención. Vacas, y más vacas. Terneros atados a los troncos de los árboles que no cesaban de berrar, ovejas, algunas cabras, y burros que parecían silbar cada vez que rebuznaban.

Entonces descubrí el primer tratante: Un hombre gordo y con bigotes envuelto en un blusón gris, que mordía como con rabia un cigarro puro que llevaba en la boca. En una mano un palo mucho más grande que el mío, y en la cabeza una boina tan grande y bien perfilada que se me antojó la 'cría' de un paraguas. Más tarde me dijo mi padre que el hombre era vasco, y que en su tierra las boinas siempre eran grandes y que les llamaban 'chapelas'. También se distinguía del resto, en que en vez de katiuskas de goma o albarcas, calzaba botas de cuero con unos cordones gordísimos. El del blusón se acercó a nosotros, miró como con desprecio a la Mora, y con mucha sorna le preguntó a mi padre cuantas pesetas pedía por aquella 'cabra'. Con una

sonrisa socarrona mi padre le contestó que él no veía 'cabras' por ningún lado, sino algún 'cabrón' venido de fuera. Y el visitante encajó amistosamente la contestación echándole un brazo por los hombros.

Había por todas partes un 'labarientu' de mucha madre. Gente que iba y venía, vacas que se revoivían inquietas, terneros que seguían berrando cada vez más fuerte como llamando a las madres, y hombres a caballo que parecían querer llevarlo todo por delante... Entonces me fijé en el trozo de paredilla que tenía más cerca: Había sobre ella rastrillos y cebillas muy nuevos; había también peales y cadenas de hierro. Rollos de cordeles de distintos grosores, y sogas de esparto de todas las medidas. Comprendí que todo ello estaba a la venta. En ese mismo momento llegó otro tratante, con cachava en la mano en lugar de palo largo. Alto y flaco, con blusón negro y botas de cuero. Dos palos suaves en el cuarto trasero movieron a la Mora para un lado y para el otro. -'¿Cuánto quieres por ella?'- 'Dos mil cuatrocientos reales' - 'Quinientas pesetas, te doy ahora mismo'.- '¡Ca! Antes la vuelvo para casa'. - Y el del blusón se alejó sin decir adiós.

Volvió a la media hora, preguntándole a mi padre si había cambiado de pensamiento. - 'Ya te lo dije: dos mil cuatrocientos reales, o nada'.- Como por arte de magia apareció por allí el intermediario que, con una mano agarró la diestra de mi padre, y con la otra la del tratante. - 'Ni lo uno, ni lo otro: Dos mil doscientos, y nos vamos a tomar la robla al bar'. - Comprador y vendedor se miraron un instante, sonrieron, y se estrecharon las manos. Mi padre me hizo responsable de la Mora entregándome la punta del ramal, y se fueron al bar que había al otro lado de la carreta a tomar el 'blanco'. A la vuelta, me trajo un cucurucho de papel de estraza lleno de uvas pasas. Sacó el reloj de un bolsillo del chaleco, y mirándole me dijo: 'Dentro de un cuarto de hora la tenemos que llevar al camión azul aquél, que ves allí en frente'.

El tablón de la trasera del camión azul abatido en el suelo. Y por él, a empujones, a paños y a golpes, subían a el ganado que reculaba con todas sus fuerzas.

Casi se me saltan las lágrimas cuando un hombrón con barbas arreó dos fuertes palos sobre el lomo de la Mora que fue la última en entrar. Y cerraron el tablón. El del blusón se recostó sobre los tableros del lado derecho, se subió el blusón negro casi hasta el cuello, y sacando una carterona enorme de gorda, le quitó las dos gomas negras que la mantenían cerrada. Pagó en el acto a cada ganadero su vaca, y mi padre, después que lo contó tres veces lo guardó con mucho cuidado en el bolsillo del pantalón azul de tela de mahón, lio el ramal de cáñamo en la mano izquierda, y agarrándome a mí con la derecha iniciamos caminando los doce kilómetros que habían de devolvernos a casa...

Lo mismo